

## La señora Rachel Lynde se lleva una sorpresa

La señora Rachel Lynde vivía justo donde la carretera principal de Avonlea descendía hacia una pequeña cañada, flanqueada de alisos y fucsias, y atravesada por un riachuelo que nacía más arriba, en los bosques de la vieja propiedad de los Cuthbert. Tenía fama de ser —por lo menos en su primer tramo por el bosque— un arroyo sinuoso y rápido, repleto de cascadas y pozas secretas. En cuanto llegaba a la cañada de los Lynde, sin embargo, se convertía en un riachuelo tranquilo y sosegado, porque ni siquiera un arroyo podía pasar frente a la puerta de Rachel Lynde sin comportarse con la corrección y el decoro necesarios. Sin duda, debía de saber que la señora Rachel Lynde estaba sentada junto a la ventana, atenta a todo lo que pasaba por delante de su casa, desde arroyos hasta niños, y que si veía algo que le parecía extraño o fuera de lugar, no descansaría hasta averiguar el cómo y el porqué.

En Avonlea, como en todas partes, hay personas que se preocupan en exceso de los asuntos de sus vecinos y muy poco de los suyos. La señora Rachel Lynde, en cambio, era una de esas raras criaturas a las que se les da bien ocuparse de sus asuntos sin perder detalle de las vidas de los demás. Era un ama de casa excelente, que hacía sus tareas con diligencia y esmero. Dirigía el Club de Costura, ayudaba en la escuela dominical y era un

verdadero puntal de la Asociación Benéfica y de Ayuda a las Misiones Extranjeras de la iglesia. Pese a estar tan ocupada, a la señora Rachel Lynde aún le sobraba mucho tiempo para pasarse horas sentada junto a la ventana de la cocina, tejiendo colchas de hilo de algodón —ya había tejido nada menos que dieciséis, según comentaban asombradas las amas de casa de Avonlea— sin perder de vista la carretera principal, que cruzaba la cañada antes de subir serpenteando por la empinada colina roja. Puesto que Avonlea ocupaba una pequeña península triangular que se adentraba en el golfo de San Lorenzo, rodeada de agua en dos de sus lados, todo el que entraba o salía de allí tenía que pasar sin remedio por la carretera de la colina y, por tanto, también bajo la atenta mirada del ojo invisible de la señora Rachel Lynde, que todo lo veía.

Y allí estaba sentada, una tarde de principios de junio. El sol cálido y radiante de aquella hora se colaba por la ventana. El huerto que crecía en la ladera sobre la que se asentaba la casa era un espectáculo de flores, algunas blancas y otras rosadas como el rubor de una novia, en torno a las cuales revoloteaba un enjambre de abejas. Thomas Lynde —un hombrecillo dócil a quien en Avonlea todo el mundo se refería simplemente como «el marido de Rachel Lynde»— estaba sembrando las últimas semillas de nabo en el terreno de la colina, al otro lado del granero. Matthew Cuthbert tendría que haber estado plantando las suyas en el gran campo rojo del arroyo, al lado de Tejas Verdes, y la señora Rachel Lynde lo sabía porque la tarde anterior había oído a Matthew hablar con Peter Morrison en la tienda de William J. Blair, en Carmody. Matthew le había dicho a Pe-

ter que al día siguiente por la tarde tenía pensado sembrar los nabos. Se lo había preguntado Peter, claro está, porque todo el mundo sabía que Matthew Cuthbert no facilitaba información así como así sobre ningún tema.

Y, sin embargo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde de un día de trabajo, conduciendo tan tranquilo por la cañada y la colina. Y, por si eso fuera poco, llevaba un cuello blanco impecable y la ropa de los domingos, lo cual era una señal inequívoca de que se disponía a salir de Avonlea. Además, llevaba la calesa y la yegua alazana, cosa que indicaba su intención de recorrer una distancia considerable. Así que... ¿adónde iba Matthew Cuthbert y por qué iba allí?

De haberse tratado de cualquier otro hombre de Avonlea, la señora Rachel Lynde solo habría tenido que sumar dos y dos para responder, con muy poco margen de error, a ambas preguntas. Pero Matthew salía tan raramente de casa que debía de tener un motivo bastante urgente e inusual: era el hombre más tímido del mundo y no soportaba tener que relacionarse con desconocidos ni ir a sitios en los que se viera obligado a hablar. Matthew con un cuello blanco y conduciendo la calesa no era algo que se viera todos los días. Por muchas vueltas que le diera al asunto, la señora Rachel Lynde no le encontró explicación, cosa que le estropeó el entretenimiento de la tarde.

—Bueno, pues me dejaré caer por Tejas Verdes después del té, para que Marilla me cuente adónde ha ido Matthew y por qué —concluyó la respetable dama—. Por lo general nunca va a la ciudad en esta época del año y, por supuesto, nunca hace visitas. Si se hubiera quedado sin semillas de nabo y quisiera

comprar más, no se hubiera puesto tan elegante ni habría cogido la calesa. Y, desde luego, no conducía con la rapidez de quien va al médico. Algo tiene que haber pasado desde anoche para que se haya marchado así. Estoy sinceramente perpleja, la verdad sea dicha, y creo que no descansaré ni tendré un minuto de paz hasta que haya descubierto qué es lo que ha llevado a Matthew Cuthbert a salir de Avonlea esta tarde.